

La ciudad forja-

La ciudad en el imaginario venezola-

(I: Del tiempo de Maricastaña a la masificación de los techos rojos)

Arturo Almandoz. Fundación para la Cultura Urbana. Caracas. 2002. 161 Págs.

R ESEÑA DE LIBRO



Miguel Ángel Campos
Sociólogo, Profesor de la
Escuela de Comunicación Social de la Facultad
de Humanidades y Educación de LUZ
mcampost@cantv.net



La imagen de la ciudad en una cultura como la venezolana, presa hoy de urgencias urbanas, pudiera dar la impresión de tener unos antecedentes más bien opulentos. Y sin embargo, este libro de Arturo Almandoz empieza haciendo una constatación que es más bien un recordatorio: fuimos el país menos urbanizado del continente y para 1920 apenas 8% de la población vivía en las ciudades, mientras el promedio continental era de alrededor de 20%. El dato es significativo porque orienta una explicación y permite ver cómo un déficit de asentamiento de tipo moderno determina tareas de la literatura y afanes de los intelectuales.

El retrato del entorno va apareciendo con lentitud porque esa ciudad es casi inexistente. Dominada por la barbarie agraria, la observación deberá adelantar mediante un acto de fuerza, producir un jalón hasta la construcción de modelos cuyo peso ciudadano esté alimentado por determinaciones estables y no tanto por deseos de los sitiadores. Es clara la relación del ascenso de los personajes que pugnan desde la tradición de la novela rural, perfilándose hacia el proyecto de un autor como Díaz Rodríguez, por ejemplo, rico en intereses mentales apareciendo contra la corriente. No por casualidad el capítulo final cierra con una afirmación de Enrique Bernardo Núñez, el primer cronista del crecimiento expansivo de la capital, que la ha visto desplegar: la ciudad de los techos rojos sigue teniendo durante las noches un “aire conventual”.

El autor rastrea desde varios géneros la presencia de pulsiones y modos de hacer susceptibles de mostrarnos un sentido imaginativo y arquetípico de lo urbano; apela a la documentación más orgánica: novelistas, ensayistas; entresaca de lo variopinto textos fuera de toda duda, elocuentes y embebidos en el tema, los sanciona y elabora símbolos convincentes. La presencia del fenómeno humano califica el surgimiento de la empalizada; ésta crece de manera inercial y llega a ser un orden desde el temperamento y el hacer de quienes van y vienen, rasgos de la gens vaciados en la literatura. No deja de ser emocionante comprobar cómo es en este arte y en esas miradas donde se deposita lo permanente de unas pulsiones. Memoria artística versus trazado de calles, y es una prueba de altura, desde la crónica documentada o periodística hasta la escena congelada por la novela. Es una estructura más de fiar que cualquier otra. La certidumbre se abre paso entre la floresta y logra descubrirnos la continuidad de un escenario y sus representaciones, y todo esto sin forzar enunciados, sin desnaturalizar la voz de los que hablan desde la lejana pausa, y esto resulta un estilo solvente, fiel a los donadores y a la vez los enaltece desde la disposición intelectual de elaborar y discutir. La ciudad como amparo de los males de lo agrario transido

de despecho y dolor; la épica de la nacionalidad fracasada concluye en arcos de triunfo y escritorios, señoritas soñolientas. Tipos que no terminan de formarse o dar paso a una reacción. Admirable contrapunto entre el mundo visto por la ficción y lo fijado por el ensayo y la crónica, todo resulta útil en la mano de un armador eficiente. Almandoz se nos muestra cabal sintetizador en la era de las especializaciones, no las desdeña pero tampoco sucumbe al equívoco del rigor de sus parcialidades. Trabajo proverbial de ensamblador, este libro es el ejemplo clásico de análisis cultural no culturalista. Nunca pierde de vista las particularidades del momento de aquellas escrituras y tampoco incurre en el error de convertir las fuentes en puro correlato: el acento de autores y visiones siempre está presente, esa individualidad que Juan Liscano diferenciaba del personalismo.

Que un autor como Picón Salas y su desencanto de la ciudad se cuele como un fantasma a lo largo de todo el libro, nos da el tamaño y la medida del atesoramiento de lo distintivo. Una frase suya sirve incluso para dar título a un capítulo, “En la capital del desengaño”. Protohistoria de esa identidad que con el petróleo no alcanzó su plenitud y apenas dejó perfiles a veces tenebrosos, lo urbano se construye como desde voces desmayadas, órdenes sin destinatarios. Es la aglomeración característica de la ausencia de proyecto. Al parecer escritos en diferentes circunstancias, el conjunto de estos ensayos está dominado por la misma tensión, y todo el texto resulta de una impecable unidad. Perfil de lo mental en unos pobladores, más que el trazado de calles y horizonte; genealogías morales y percepciones más que suma de conductas. El balance de este estudio es sobre todo una revaloración de la capacidad ideológica de nuestra literatura, y ejecutada desde la capacidad hermenéutica de la escritura del solvente ensayista que es Almandoz. Si las ciudades criollas pueden ser el “arrabal de la cultura europea” en ese lento emerger de los grupos humanos haciéndose un espacio, la escenografía puede, en cambio, resultar muy interesante. Lo venezolano adquiere un rostro en el tráfigo del asentamiento, y ya no es sólo la María Eugenia Alonso imaginando desde la ventana de su casa colonial. El ritmo de ese ruido que trae el petróleo anuncia la simetría del caos, y la frontera entre la aldea criollista y el escenario del *finis patriae* diazrodriguiano ya no resulta vaga ni imprecisa, pues el “pernaletismo” ha quedado atrás como anacronismo y estigma, aun cuando persista en un imaginario del poder político. No cabe duda: un tiempo atascado ha mostrado su bochorno sin disolverse, y la conciencia imaginativa ha decretado su inconveniencia y aporta los senderos por donde la modernidad deberá transitar. Que la inmovilidad y la molicie de una sociedad retrase este momento es una tarea que como explicación los patólogos –ya no el ensayista de la mirada formadora– deberán adelantar.

Lo gamonal, el autoritarismo y unas relaciones que de lo “conventual” retienen sólo la subordinación patrimonial, es todo un cuadro desde el que evoluciona el panorama de lo orgánico urbano. Esa Caracas idealizada desde la provincia es sólo la proyección de los deseos de aquellos que languidecen en la estancia semivacía que es el resto del país, y como muy bien lo señala el autor, los personajes de la novela vienen desde ese lugar impreciso pero angustiados. Personajes de transición a medio camino entre dos o tres ecologías, deberán asimilar la novedad y también impondrán una mirada, quizás lo que tiene de taciturno el personalismo del poder político venezolano, digamos. Demografía deprimida y aire conventual son dos impresiones que abren y cierran este inteligente panorama de la cultura social en Venezuela, el campo presionando desde un universo cerrado y contra la modelación de los nuevos intercambios. Uso cabal de las fuentes, reconocidas en su dimensión compleja y artística. No hay concesiones al simplismo –y la tosquedad– del correlato; la voz personal de quien habla desde la autoridad de su soledad permanece como una guía legítima. Fase medular de un mosaico ya completado, esta primera parte de la obra concluye casi en una imagen (quizás sea útil la del postillón de Pérez Bonalde), esa de la ciudad abigarrada, sugestiva en su timidez y lista para adentrarse en una forma de cosmopolitismo donde es preciso producir otras tradiciones.